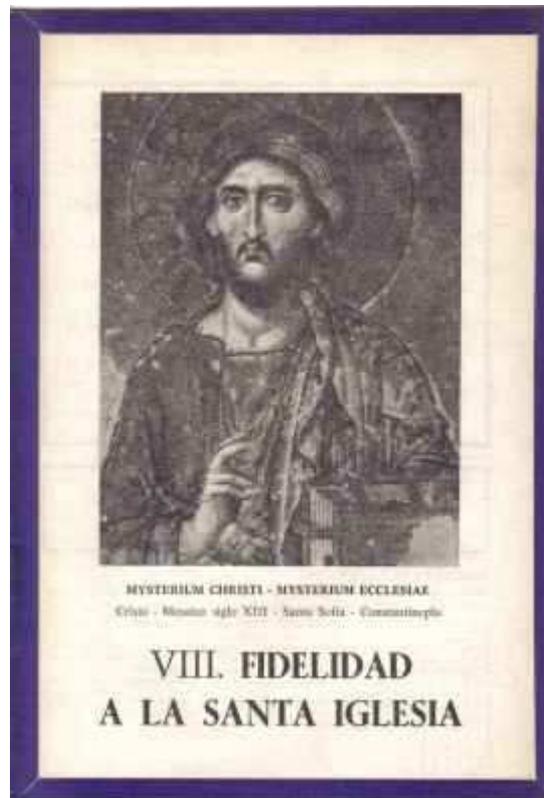


FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA



ÍNDICE DEL NÚMERO VIII

- [SOBRE LA HIPÓTESIS DE UNA INTERPRETACIÓN TRADICIONAL DEL VATICANO II](#)
- [I. NATURALEZA Y ESENCIA DE LA IGLESIA EN LA TRADICIÓN APOSTÓLICA](#)
- [II. LA IGLESIA EN EL VATICANO II](#)
- [III. LA REALIDAD DE UNA IGLESIA NUEVA](#)
- [IV. INVIOLABILIDAD DE LA FE](#)

El CONSEJO DE REDACCIÓN DE FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA desea dejar bien en claro que estas breves consideraciones doctrinarias sobre la hipótesis de una interpretación tradicional del Vaticano II, en modo alguno importan juicios morales sobre las personas que adoptan posturas diferentes dentro del llamado “Tradicionalismo”. Solamente pretendemos abrir un amplio debate doctrinario que, en medio de la confusión moderna, esclarezca en alguna medida la inteligencia de la Fe Católica y que profesamos, sin la cual no hay salvación.

BREVES CONSIDERACIONES DOCTRINARIAS

SOBRE LA HIPÓTESIS DE UNA INTERPRETACIÓN TRADICIONAL DEL VATICANO II

Dentro del estado de crisis generalizada que padece el mundo moderno, una de sus manifestaciones supremas es la crisis religiosa. En el orbe cristiano, es indudable que la crisis religiosa ha estallado en torno del llamado Concilio Vaticano II, cuya doctrina debe estudiarse con la mayor atención.

Durante el lapso de quince años (1963-1978) en que Paulo VI ocupó el sitial de la Sede Romana, el espíritu y la doctrina del Vaticano II inspiraron una vorágine abolicionista como jamás se había visto en la historia de la Iglesia, a lo cual debe sumarse una persecución sutil, insidiosa y sistemática contra quienes asumían una postura acorde con la Tradición.

Por ello, en los últimos años adquirió especial significación la actitud adoptada por Monseñor Marcel Lefebvre, quien se resistió a celebrar la Misa según el "Novus Ordo" promulgado por Paulo VI y a acatar la línea doctrinaria del Vaticano II¹

De allí nace su entredicho con las autoridades vaticanas, a raíz del funcionamiento del seminario internacional de Ecône, configurado según el espíritu tridentino, y de la Fraternidad Sacerdotal San Pío X. Todo ello ha sido ampliamente informado por la prensa en general y ha culminado con una suspensión "a divinis" fulminada por Paulo VI.

De una u otra manera, con diversos matices, casi todos los "tradicionalistas"² del mundo aplaudimos y apoyamos la resistencia de Mons. Lefebvre.

En rigor, ocurría que a partir del Vaticano II y durante todo el período montiniano, la posición de las autoridades vaticanas era tan claramente modernista, y la persecución contra los "tradicionalistas" tan implacable, que éstos difícilmente tenían otra opción que la resistencia, aunque más no fuera pasiva...

Sin embargo, desde que murió Paulo VI, con la elección y entronización que se ha hecho para ocupar el sitial de la Sede Romana de dos prelados calificados de "conservadores" (Luciani primero, y a su muerte Wojtyła), muchos se inclinan a pensar que el espíritu y la línea doctrinaria de las autoridades vaticanas habrían asumido ciertos rasgos especiales que deberían considerarse atentamente.

¹ Ver la Declaración firmada por Mons. Marcel Lefebvre en Ecône el 21 de noviembre de 1974 que tomó estado público a través de la revista "Itinéraires", n° 189. Cf. "Un obispo habla", Ed. Nuevo Orden, Bs. As., 1977.

² Colocamos siempre entre comillas el término "tradicionalista" para resaltar que nos vemos forzados a usarlo como una concesión al lenguaje común de hoy en día. Pero a nuestro entender no es correcto hablar de "católicos tradicionalistas" ni de "católicos progresistas", pues lo primero es una tautología y lo segunda una contradicción; es de la esencia del ser católico la fidelidad a la Tradición Apostólica. De otro modo no se es católico sino hereje.

Dichos rasgos estarían delineados en torno a la posibilidad de un "acuerdo" con el "tradicionalismo", principalmente con Mons. Lefebvre, que, si se concretase, por el natural prestigio del piadoso obispo francés, se extendería inevitablemente a casi todo el "tradicionalismo". Por lo menos, éste es el tono de las informaciones periodísticas de seis meses a esta parte.

El fondo del asunto, evidentemente, reside en saber cuáles serían los términos de dicho "acuerdo".

Según se desprende de las noticias publicadas en nuestro país³, un posible "acuerdo" estaría fundamentado en las siguientes bases:

a) Por un lado, el Vaticano permitiría a Mons. Lefebvre (y por ende a todos los "tradicionalistas") la celebración de la Misa según el rito romano denominado tridentino o de San Pío V, autorizaría el funcionamiento del seminario de Ecône, legalizaría las obras de la Fraternidad, levantaría las sanciones canónicas, etc.

b) Por su parte, los "tradicionalistas" asumirían la responsabilidad, avalada por las mismas autoridades vaticanas, de llevar a cabo la interpretación tradicional de los textos del Vaticano II, o sea, reinterpretarlos a la luz de la Tradición.

El problema entonces para los "tradicionalistas" —un problema ciertamente de conciencia— reside en saber si un "acuerdo" así es legítimo. Pero esto solamente puede dilucidarse a partir de la respuesta que se dé a una cuestión doctrinaria previa: ¿Es posible una interpretación tradicional del Vaticano II?

Esta cuestión precisamente es la que nosotros queremos afrontar en este n^o VIII de "**FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA**". Nos abocamos a ello con la mayor prudencia ("suaviter in modo"), pero también con la mayor firmeza ("fortiter in re"). Procuramos hacerlo según el adagio: "Parcere personis, dicere de vitiis" (prescindir de las personas, decir de los vicios), en la afirmación irreductible de la única Fe Católica y de la única Iglesia Católica en que hemos sido bautizados.

I. NATURALEZA Y ESENCIA DE LA IGLESIA EN LA TRADICIÓN APOSTÓLICA

La Iglesia es una entidad viviente, es un organismo, cuya existencia sólo puede ser concebida con relación al "**Mysterium Christi**" del que habla San Pablo⁴

En el espíritu de la Tradición Apostólica este "**Mysterium Christi**" constituye el centro absoluto de toda la esfera universal: **la Encarnación del Verbo eterno de Dios en las purísimas entrañas de María**, hipóstasis divino-humana, sublime comunicación sensible e histórica, inefable y eviterna, entre la divinidad y la humanidad, hacia la cual se encuentra ordenada toda la Creación.

³ Ver sobre todo "La Razón", 29 de enero de 1979, pág. 12, y "Somos", n^o 127, del 23 de febrero de 1979.

⁴ Col. 4, 3

Ahora bien; la "Ecclesia" es el mismo "**Mysterium Christi**" o, mejor dicho, es el "**Mysterium plenum Christi**", cuya realidad está configurada por la propia hipóstasis divino-humana de Jesucristo, sacerdote eterno ("sacerdos in aeternum secundum ordinem Melquisedec"), quien, por un lado, se ofrece como Víctima de Redención, pero que además, en virtud de la doble naturaleza de su hipóstasis —"unus et ídem" según la fórmula de San Ireneo⁵, es **Sumo Pontífice** (puente) capaz de establecer una perfecta comunicación entre la Trinidad Santísima y la congregación de todos los hombres que libremente quieran **participar de la Vida Divina**.

Esto es la Iglesia: **Comunión** ("koinonia") divino-humana, sociedad perfecta, Cuerpo Místico de Jesucristo.

La "Ecclesia", así concebida, vive tanto en el orden celeste cuanto en el orden terreno; su ser late más allá del orbe; su naturaleza incorpora la virtud humana a la plenitud divina, su existencia trasciende todos los evos.

En el orden celeste, la Iglesia participa de la Vida Divina en la gloria beatífica de la contemplación trinitaria. En el orden terreno, la Iglesia participa de la Vida Divina a través de la gracia santificante que fluye desde los Símbolos Sacramentales, especialmente la Eucaristía —ágape misterioso—, perfecta renovación del mismo Sacrificio Redentor de la Cruz que perpetúa verdadera, real y físicamente la presencia del Verbo encarnado en el tiempo y hasta la consumación final de todos los siglos. Sin embargo, previo a esto, la Iglesia en el orden terreno participa de la Vida Divina por la comunión en la Fe que se recibe en el Bautismo. **Sin comunión en la Fe no hay Iglesia en la tierra.**

Tanto en la tierra como en los cielos, la Iglesia es una sacrosanta realidad divino-humana. Si bien está compuesta por miembros humanos de por sí imperfectos, no obstante, por la comunión de estos miembros con el Verbo encarnado, la Iglesia es una misma y única cosa con Jesucristo. Es el Cristo total que aclama San Agustín⁶ y también San Hilario cuando dice: "El es la Iglesia, porque la contiene enteramente por el Misterio de su Cuerpo"⁷.

"El Cristo único es la realización de la más íntima unión de ser y existencia, que sería imposible lograr entre los hombres en el ámbito del orden puramente natural. Esta unión sobrenatural la realiza la Cruz del Señor; está lograda en la Sangre, en el Pneuma de Cristo. Todo factor de división, todo lo que separa y divide a los hombres entre sí, ha quedado destruido y superado en la muerte de Cristo, de un modo que no cabe imaginar más profundo e íntimo. Los hombres incorporados a Cristo, los hombres unidos a Cristo, los miembros unidos entre sí vienen a formar un solo hombre nuevo. Los muchos, que estaban divididos, se han convertido en un solo Cuerpo, una sola Persona, ya que la nueva unidad óptica aferra al individuo en lo más profundo e íntimo de su ser y lo injerta en el todo. Esta unidad es mucho más profunda y fuerte que la que realiza cada hombre en su persona individual. Pues en el único hombre que es el Cuerpo de Cristo, opera la unidad divina del Pneuma; toda

⁵ Cf. BAC 300.

⁶ In Ps. 88, I, 7. Cf. BAC 246.

⁷ In Ps. 125, 6.

separación y toda antinomia ha quedado eliminada en la Persona del Cristo pneumático⁸.

Con frecuencia, la Patrística y la liturgia también han visto a la Iglesia como "anti-tipo" de María: "Arca Dei Viventis", "Templo donde la Trinidad es glorificada"⁹

"María, que nunca fue de este mundo, en su muerte lo deja enteramente. Mas como en la tierra fue una potencia callada, pero terrible, porque llevaba a su Hijo y era, en medio de la comunidad cristiana, como un arca viviente de la presencia de Cristo, no se perdió en la nada, sino que, precisamente a partir de ese momento, desde el cielo llena con su presencia a la iglesia"¹⁰

Esto es algo muy profundo y maravilloso: María, virgen purísima y "Madre del amor hermoso"¹¹

Como María, así la Iglesia posee "un seno más amplio que los cielos mismos", ya que en él hospeda a "Aquel que los cielos no pueden contener"¹²

La Iglesia, como María, es la Ciudad Santa, el ámbito inviolable e insustituible de la Teofanía, aquella sublime realidad fuera de la cual no hay salvación, porque sin la Iglesia, como sin María, no existe posibilidad de comunicación con la divinidad.

La Iglesia, Una y Santa, conforme el Símbolo de Nicea, es una realidad absoluta ("católica"), que perdura en el despliegue de la Tradición Apostólica, que no admite división o imperfección alguna, que no se confunde con su organización jurídico-canónica (aunque la necesite temporalmente), que no se confunde con el Vicario Romano (que representa a Jesucristo pero no es Jesucristo), que no se confunde con la historia (aunque esté presente en el mundo), pues no es del mundo sino de la eternidad y de la gloria, donde reina Jesucristo resucitado, que es su Cabeza.

La Iglesia es en la tierra una anticipación escatológica de la Ciudad Celeste, la cual se encuentra ya realizada, incoativamente, de modo misterioso y sacramental, en Ella. Es decir, que la Iglesia misma es ya —"hic et mine"— la Ciudad Celeste, solamente que a nosotros nos falta aún trasponer los umbrales de la muerte para contemplarla en su divina magnitud.

Esta es la Iglesia en la que fuimos bautizados. Y cuando nosotros proclamamos nuestra FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA, nos referimos a esta Iglesia, UNA, SANTA, CATÓLICA y APOSTÓLICA, concebida según y conforme esta Doctrina Tradicional que profesamos sostenidos por el poder de la Fe.

⁸ Dom Odo Cassel, "Misterio de la Ekklesia", Ed. Guadarrama, Madrid, 1964, páes. 155/56.

⁹ San Juan Damasceno, "Homélie sur la Nativité de Notre Dame tres sainte, la Mere de Dieu et toujours vierge Marie". Les Editions du Cerf, París, 1961, pág. 75, n^o 10.

¹⁰ Dom Odo Cassel, "María como tipo de la Ekklesia", op. cit, pág. 461.

¹¹ Eclesiástico 24, 24.

¹² Crisipo de Jerusalén, Or. in S. Mariam Deiparam. Cf. BAC 8.

II. LA IGLESIA EN EL VATICANO II

Muy diferente es la concepción de la Iglesia en los textos del Vaticano II, principalmente en la llamada constitución dogmática "**Lumen Gentium**"¹³

Este documento consta de ocho capítulos, de los cuales, sin duda, los dos primeros son los esenciales.

En el primer capítulo trata específicamente del "**Mysterium Ecclesiae**". Sobre la base de la voluntad del Padre, la misión del Hijo y la santificación del Espíritu, concluye en la noción de la Iglesia como Cuerpo Místico de Jesucristo (nº 7) con numerosísimas citas de San Pablo.

Pero después dice:

"Esta Iglesia constituida y ordenada en este mundo como una sociedad subsiste en la Iglesia católica gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él, aunque puedan encontrarse fuera de su conjunto muchos elementos de santificación y de verdad que, como dones propios de la Iglesia de Cristo, impelen a la unidad católica" (nº 8).

Demás está decir que de esta doctrina derivan los principios que nutren los otros documentos conciliares sobre temas como la "libertad religiosa", el "ecumenismo", etc. En los medios "tradicionalistas" estos temas han causado gran preocupación incluso desde antes que fueran aprobados los documentos conciliares respectivos, pero muy pocos han advertido que **lo verdaderamente grave reside en la doctrina que el Vaticano II pretende establecer sobre la naturaleza y condición de la Iglesia.**

Si, de acuerdo a la Tradición Apostólica, la Iglesia es una comunión divino-humana, absoluta, mística, trascendente y eviterna, resulta imposible que puedan encontrarse fuera de Ella "elementos de santificación". La santificación no es otra cosa que la participación humana en la Vida Divina, y esto absolutamente no puede darse fuera de la comunión divino-humana que se verifica en el Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo, cuya existencia se enraiza en la Encarnación del Verbo eterno de Dios que es centro de todo el universo.

Nótese que la "Lumen Gentium", en el párrafo que citarnos, no está hablando de tal o cual iglesia entendida como una comunidad cristiana localizada en determinada latitud, ni siquiera está hablando de la iglesia romana en cuanto tal. Se refiere a la "Iglesia Católica", y en un contexto donde, además, trata del "Mysterium Ecclesiae" en sí mismo (!!!). En este orden es totalmente incompatible con la Fe sostener que fuera de la Iglesia haya elementos nada menos que de santificación, pues ello equivale a insinuar que fuera del "Mysterium Christi" es posible la participación en la Vida Divina.

¹³ En las citas del Vaticano II utilizamos el texto oficial latino publicado por BAC 252, ateniéndonos a la propia traducción de la BAC, a la distribuida por Ediciones Paulinas, a a la nuestra, según los casos.

Naturalmente, cada uno piensa como quiere en el mundo pluralista moderno, pero lo que no se puede pretender es que semejante doctrina sea considerada acorde con la Fe Apostólica. Según esta Fe, que es la nuestra, fuera del "Mysterium Christi", fuera de la "Ecclesia", fuera del "Corpus Mysticum Christi", sólo está el "Mysterium Iniquitatis"¹⁴, la concepción de la Iglesia como "populus" surge sola, puesto que ya estamos enteramente inmersos en la corriente existencial de la historia. Y aquí tocamos el corazón de la doctrina conciliar, porque en cuanto uno se ha colocado en la perspectiva de dicha corriente existencial de la historia, inevitablemente recobra vigor la esperanza mesiánica incumplida.

"Este pueblo mesiánico —dice la «Lumen Gentium»— tiene por Cabeza a Cristo" (nº 9). Y después añade: "Así como el pueblo de Israel según la carne, peregrino en el desierto, es llamado alguna vez iglesia (Núm. 20, 4), así el nuevo Israel que va avanzando en este mundo hacia la Ciudad futura y permanente (cf. Heb. 13, 14) se llama Iglesia de Cristo (cf. Mt. 16, 18)".

Nosotros de ningún modo podemos comulgar con esta noción de la Iglesia. Esto no es la Iglesia Católica. Se trata de una concepción religiosa modernista y judaizante¹⁵, que desplaza por completo la trascendencia absoluta de la Encarnación del Verbo y de su muerte y resurrección.

El pueblo bíblico de Israel es, sin duda, para los Padres Apostólicos, imagen y figura del pueblo cristiano que camina hacia la gloria celeste. Pero debe distinguirse muy bien. El "populus Dei" así entendido forma parte de la Iglesia, está en la Iglesia, pero de ningún modo es la Iglesia. La Iglesia constituye algo infinitamente más trascendente. Es el Cuerpo Místico de Jesucristo; es, en cierta manera, como ya dijimos, la misma Ciudad Celeste anticipada. La Encarnación del Verbo consume todas las profecías, y por tanto ha abolido el mesianismo y ha inaugurado la edad de las postrimerías. El pueblo de Dios ya inhabita en la Ciudad Santa que es la Iglesia; sólo aguarda el juicio de Dios¹⁶.

La profesión de la Fe Apostólica abre la inteligencia a la consideración de lo más alto y noble del universo; el hombre accede a la participación de la Vida Divina, adquiere aptitud para la gloria celestial.

En cambio, la concepción del Vaticano II conduce necesariamente a una inmersión en la Historia, en el devenir de los tiempos, esto es, en lo que el universo tiene de finito, mudable, perecedero. El mundo, la historia y la vida humana en su sucesión temporal adquieren una importancia suprema, desconocida hasta ahora; se convierten en la más deslumbrante epifanía, y, entonces, la participación en la Vida Divina, la santidad, consistiría en hallarse consubstanciado, comprendido, comprometido en el devenir histórico, a través del cual el "Pueblo de Dios" peregrina en una permanente

¹⁴ Tes. 2, 7.

¹⁵ Utilizamos la expresión "judaizante" en un sentido estrictamente doctrinario. Decimos que las concepciones religiosas del Vaticano II se aproximan a una cosmovisión religiosa judaica y se alejan notoriamente de la Tradición Apostólica. En cuanto al término "modernista" no necesita explicación: es la herejía condenada por San Pío X cuyos principios están consagrados casi punto por punto en los textos del Vaticano II.

¹⁶ Apoc. 20, 13.

evolución hacia el cumplimiento de las promesas mesiánicas, hacia la omega de la historia¹⁷

Dentro de este pensamiento, adquiere descomunal importancia el "**sacerdocio común de los fieles**" (nº 10); y por lógica, el "**Pueblo de Dios**" habrá de tener un **gobierno colegiado** (nº 18-29), puesto que, precisamente, es "populus" antes que "corpus". En este sentido, es inocultable que, pese a la "nota explicativa" previa, añadida para tranquilizar a los conservadores, la "colegialidad" que define la "Lumen Gentium" es enteramente coherente con la eclesiología elaborada por los teólogos modernistas e historicistas de este siglo, principalmente Karl Rahner¹⁸. Esta eclesiología ahonda en la noción de "populus Dei", y a partir de allí sumerge a la Iglesia en la historicidad del hombre y su existencia en el mundo, por donde la jerarquía episcopal —otrota eminentemente sacramental— asume rasgos casi exclusivamente kerigmáticos.

Un vistazo, incluso superficial, sobre la doctrina que actualmente se enseña en colegios, seminarios, universidades, y aun en los catecismos infantiles, torna evidente para cualquiera que en prácticamente toda la estructura clerical que obedece al Vaticano y depende de él se encuentra en vigencia dicha concepción eclesiológica modernista; las diferencias que puedan existir serán apenas de grado.

III. LA REALIDAD DE UNA IGLESIA NUEVA

Sobre los principios doctrinarios de la "Lumen Gentium" se asienta la llamada constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo, "Gaudium et Spes" (gozo y esperanza). La Iglesia entendida como "populus Dei" se encuentra, sin duda, muy íntimamente unida al mundo y a todo cuanto el mundo ha edificado. Es el traslado, la consolidación en el orden práctico de la herejía sutil, equívoca e insidiosa, pero demoledora, que palpita en la nueva eclesiología del Vaticano II.

El "proemio" (nº 1) de la "Gaudium et Spes" define claramente esta postura religiosa intramundana en términos que no dejan lugar a dudas:

"El gozo y la esperanza, el dolor y la angustia de los hombres de este tiempo, sobre todo de los pobres y de los afligidos de todas clases, son también el gozo y la esperanza, el dolor y la angustia de los discípulos de Cristo, y no existe nada verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón, pues su comunidad está formada por hombres, que, unidos en Cristo, son conducidos por el Espíritu Santo en su peregrinación al Reino del Padre y han recibido un mensaje de salvación para ser propuesto a todos. **Por lo cual dicha comunidad se siente en verdad íntimamente unida con el género humano y su historia**".

La condición del hombre en el mundo de hoy es descripta como "una crisis de crecimiento" (nº 4), y la Iglesia en el mundo presente es definida como "una realidad

¹⁷ Resulta casi imposible no advertir el acercamiento que ha operado el Vaticano II hacia la cosmovisión del P. Teilhard de Chardin, especialmente en cuanto a su obra "El Fenómeno Humano", una de las más coherentes expresiones de una noción de la divinidad immanente al universo, al hombre, a la historia y a la evolución.

¹⁸ Ver "Vida y obra de Karl Rahner", de Herbert VDrgrim-er, Ed. launas, 1965.

social y fermento de la historia" que "no ignora cuánto ha recibido de la historia y evolución del género humano" (nº 44).

Y después añade:

"Ella [la Iglesia] desde el principio de la historia aprendió a expresar por medio de los conceptos y lenguas de los diversos pueblos el mensaje de Cristo y procuró ilustrarlo con la sabiduría de los filósofos, a fin de adaptar, en cuanto es posible, el Evangelio, tanto a la capacidad común cuanto a las exigencias de los sabios. **Y esta proclamación adaptada de la palabra revelada debe ser la ley perdurable de toda evangelización.** Así se fomenta en todos los pueblos la facultad de expresar según su modalidad el mensaje de Cristo y se promueve a la par un intercambio vivo entre la Iglesia y las diversas culturas" (nº 44).

Y más adelante culmina: "**Vivificados y reunidos en su Espíritu caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana**" (nº 45).

Difícilmente pudiera haberse declarado con mayor precisión y profundidad una doctrina de la Fe inmanente al mundo y a la historia. La Iglesia es el "fermento" de la historia, lo cual expresa magistralmente la idea de la sacralidad inmanente de la historia, por cuya virtud la palabra de la Fe es "adaptada" a la condición del mundo. Por tanto, no existen en el mundo realidades sacras que trascienden el devenir histórico, como imagen que son de las realidades celestes, sino que, por el contrario, el devenir histórico en sí es lo sagrado.

Vale decir que lo sagrado, la imagen de Dios en el mundo, no está en lo perdurable, sino en lo mudable. Más aún: en rigor, lo único perdurable sería el principio inherente al devenir histórico de que todo se muda, y muy especialmente la palabra, puesto que todos sabemos que en el ámbito del espíritu, los cambios en la palabra importan necesariamente mutaciones ópticas y cualitativas muy profundas.

Lejos, muy lejos en las antípodas de todo esto, quedaron los principios evangélicos sobre el mundo y su príncipe¹⁹ en base a los cuales fundamentó San Agustín su doctrina sobre la "civitas mundi" sujeta a la "civitas diaboli"²⁰.

A la luz de todo esto se comprende, adquiere sentido, la tan mentada advertencia de Paulo VI: el Concilio Vaticano II es "pastoral", no ha querido definir dogmas. Esto es enteramente coherente, pues dentro de una noción de la Iglesia historicista y existencialista carece de sentido definir dogmas. Semejante "Iglesia" nada tiene ya que ver con la que definió el Concilio de Nicea (Una, Santa, Católica y Apostólica). Es una Iglesia nueva, totalmente comprometida en el porvenir del mundo. El P. Congar supo manifestarlo con una expresión muy vigorosa: "El porvenir de la Iglesia consiste en la presencia de la Iglesia en el porvenir del mundo"²¹. ¿De qué "Iglesia" se trata? Por cierto de aquella "Iglesia" que él mismo ya había definido con otra expresión también

¹⁹ Jn. 7, 7; 12, 31; 14, 30 y 16,36; I Cor. 11, 32.

²⁰ San Agustín "De libero arbitrio", L. III, C. X, y "De Trinitate", L. IV I XIII.

²¹ "Crétiens en dialogue", Editions du Cerf, Paris 1964, pag. 352.

muy vigorosa: "Antropología cristiana en el marco del Pueblo de Dios y Cuerpo de Cristo"²².

Estamos, pues, ante una nueva Iglesia fundamentada en los principios doctrinarios que consagra el Vaticano II. Son principios relativos a la esencia y naturaleza de la Iglesia que absolutamente rompen los vínculos con la Tradición Apostólica.

Nótese que no se trata apenas de una situación donde abundan los equívocos, las desviaciones, ni siquiera las herejías. Se trata de un Concilio Ecuménico (reunión universal) que proclama principios sobre la existencia de una "ecclesia" (congregación) incomparablemente extraños a los principios de la doctrina sobre la "Ecclesia Sancta" que nos ha legado la Tradición Apostólica. Creemos que sería imposible imaginar un cisma más grave, una herejía más profunda, una apostasía más universal²³.

No es casualidad que Juan XXIII inaugurara el Concilio Vaticano II invocando "un nuevo Pentecostés"²⁴. Es una invocación impresionante, porque si hay un "nuevo Pentecostés" es indudable que hay una nueva Iglesia. Por eso Rahner pudo señalar al Concilio como "nuevo comienzo"²⁵.

La nueva Iglesia Conciliar está ya en vigencia, con su nueva doctrina, con sus nuevos ritos, con su nueva espiritualidad, con sus nuevos catecismos. Sólo debemos mirar a nuestro alrededor para comprobarlo esto. A la muerte de Paulo VI, sus dos sucesores han reafirmado rotundamente la vigencia y aplicación del Vaticano II²⁶.

Ahora bien; en esta circunstancia histórica y doctrinaria es que se nos plantea la cuestión sobre una posible "interpretación tradicional del Vaticano II".

IV. INVOLABILIDAD DE LA FE

Dicha cuestión debe abordarse con la mayor sinceridad, sin segundas intenciones ni reservas mentales.

Es indudable que, desde un cierto punto de vista, el ensayo de una "interpretación tradicional del Vaticano II" parecería ofrecer a los "tradicionalistas" un vasto campo de acción donde ejercer su "apostolado" y "salvar muchas almas" que se perderían en la confusión, si uno tomase posturas excesivamente extremas. Este campo de acción, por otro lado, evidentemente es un espacio político, o sea, una zona o cuota de poder que los "tradicionalistas" obtendrían del mundo moderno. Esto les permitiría la consolidación y el acrecentamiento de sus obras, seminarios, colegios, publicaciones e instituciones, los que podrían funcionar libremente con el reconocimiento, o por lo menos la tolerancia, de las autoridades civiles y clericales, sin el peligro de

²² "Tradición y vida de la Iglesia", Ed. Casal I. Vall. Andorra, 1964, pag. 57

²³ La "Lumen Gentium" fue votada "placet" por 2.151 obispos, y solamente 5 obispos votaron "non placet". La "Gaudium et Spes", por su parte, fue votada por 2.309 contra 75.

²⁴ Juan XXIII, Const. Apost. "Humanae Salutis". BAC 252.

²⁵ Conferencia a propósito de la clausura del Concilio Vaticano II, el 12 de diciembre de 1965 en Munich: "El Concilio, Nuevo Comienzo", Ed. Herder, Barcelona, 1966.

²⁶ Ver L'Osservator Romano, ed. castellana, 3 de septiembre de 1978 y 22 de octubre de 1978.

persecuciones incómodas y sin asustar a tanta "gente buena" que se acercaría al "tradicionalismo" si éste no estuviera al margen del orden establecido. Desde este punto de vista, una "interpretación tradicional del Vaticano II" no sólo es posible sino, además, necesaria, puesto que las autoridades vaticanas seguramente la habrán de exigir como "conditio sine qua non" para admitir al "tradicionalismo" y reconocerlo dentro del pluralismo de la nueva Iglesia.

Sin embargo, desde el punto de vista de la "FIDELIDAD A LA SANTA IGLESIA", que es nuestro punto de vista, y de acuerdo a lo que hemos analizado en las páginas anteriores, es obvio que una "interpretación tradicional del Vaticano II" resulta imposible, pues, como hemos visto, los textos de este Concilio expresan una doctrina sobre la esencia y naturaleza de la Iglesia que jamás puede admitir alguien que profese la Fe Católica y Apostólica.

Por supuesto que si ensayamos una aguda dialéctica y nos armamos de una considerable porción de auto-engaño, forzando las palabras, y violentando el sentido de los textos, entonces sí sería perfectamente posible una "interpretación tradicional" del Vaticano II.

De hecho, con este método, casi todas las herejías que hubo en la historia podrían ser rehabilitadas en una dirección "tradicional". Pero a nosotros, ante todo, nos interesa lo que la cosa es y no lo que pueda decirse de ella.

Mons. Lefebvre dijo una vez, y con razón, que "el espíritu que ha dominado al Concilio... no es el Espíritu Santo sino el espíritu del mundo moderno..."²⁷.

No vemos de qué modo podría darse ahora una "interpretación tradicional" del mundo moderno.

Nosotros hemos sido bautizados en la Fe Católica y Apostólica, esto es inviolable. Nadie en el cielo, en la tierra ni en los infiernos puede privarnos del bautismo que hemos recibido "in Ecclesia Sancta". Y el bautismo que nos incorpora al Cuerpo Místico de Nuestro Señor Jesucristo nos otorga el derecho y el deber de rechazar la nueva Iglesia del Concilio Vaticano II.

Confortados en la Fe, sabemos que, como lo ha prometido Nuestro Señor Jesucristo, "las puertas del infierno no prevalecerán"²⁸, porque no han prevalecido, porque Cristo ha resucitado, y "por eso fueron conmovidas todas las cosas, porque se ha tramado la abolición de la muerte"²⁹.

Por cierto que transitamos un ciclo extremadamente oscuro. Cada uno tiene la posibilidad y la obligación de hacer una consideración inteligente sobre las circunstancias en que le toca vivir. Nosotros lo hemos hecho dentro de nuestra medida, y también hemos sacado conclusiones: hemos determinado permanecer unidos en la única Fe Católica y Apostólica de la verdadera Iglesia de Jesucristo, tal y como fue revelada por El mismo, y comprendida por los Santos Padres y Doctores, y

²⁷ "Acuso al Concilio", Ed. Iction, Bs. As., 1978, pág. 12.

²⁸ Mt. 16, 18.

²⁹ San Ignacio de Antioquía. Cf. BAC 65.

definida por los Sagrados Concilios y Pontífices legítimos a lo largo de dos mil años de Tradición Apostólica.

Sabemos que la nueva Iglesia tiene consigo todo el poder del mundo y sabemos que con nuestra postura seguramente nos sometemos a una soledad creciente y abrumadora. Sabemos que antes que vuelva a brillar la luz de la verdadera Iglesia todavía vendrán tiempos más oscuros. Como los discípulos de Emaús, nosotros también dirigimos la mirada a Nuestro Divino Señor Jesucristo, y queremos decirle: "Señor, quédate con nosotros porque anochece"³⁰.

"Roma perderá la Fe y se convertirá en la sede de! anticristo... La Iglesia será eclipsada, el mundo se hallará en la consternación..."³¹

"POR FIN MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ"³²

³⁰ Lc. 24, 29.

³¹ Aparición de María Santísima en La Salette (ver ["Fidelidad a la Santa Iglesia" N° VII](#))

³² Nuestra Señora en Fátima (ver ["Fidelidad a la Santa Iglesia", n° V](#)).